

BÉCQUER Y LA PRENSA

Bécquer Jekyll y Bécquer Hyde

por Ariel Conceiro

Bécquer era un poeta dividido en dos, un hombre contradictorio hasta el delirio, un murciélago de inadecuadas alas negras. Era, también, un chisgarabís disparatado que acudía con demasiada asiduidad a salones rimbombantes. Su extravagante fluctuación entre damas de alta sociedad y ramerías oxidadas, su ridícula pose de funambulista practicando sin red en las redacciones de periódicos de muy distinto signo político, su turbia mezcla (encadenada, gradual y progresiva) de poesías desnudas y crónicas rosas, su paradójico amor por zarzuelas zarrapastrosas y por las más altas y exquisitas óperas, su discordante sentido de la vida y su confusa humanidad desparramada por ínfimas tabernas dio como resultado un puñado de rimas y un corazón roto. También una revolución en el mundo de la literatura y una máscara con esencia de rosas y gusanos en los ojos.

¿Por qué nadie se ha preocupado en arrancar la máscara? ¿Tendría alguna importancia? Es más, ¿tendría justificación? En definitiva, ¿sería honesto? ¿Es cierto que cuando Gustavo escuchaba la palabra justicia vomitaba sangre? Resulta lícito pensar que, en aquel momento, recordase los ojos de Julia y su mirada desdeñosa. También el hambre de sus años mozos, la constatación de que había fracasado y el infierno de vivir con alguien que no amaba, la tragedia silenciosa de acostarse todas las noches con el sabor de un beso olvidado y con la certeza absoluta de que jamás recuperaría la

sonrisa de la mujer a quien más había amado.



Bécquer nadó entre dos aguas con habilidad y desprecio, tocó el arpa olvidada de los salones ostentosos y la guitarra desafinada de la última taberna, y se movió como un camaleón resabiado entre las polvorientas y desangeladas redacciones de periódicos muy dispares (manejados, descaradamente, por los ideólogos del conservadurismo y del idealismo). Casi todos los escritos aparecidos en la primera edición de las Obras vieron la luz en periódicos. Desde que Bécquer llegó a Madrid, en el virulento 1858, hasta su muerte en diciembre de 1870, no dejó de colaborar en la prensa escrita. La sucia rotativa se convirtió en su amante más fiel, en su indigna proveedora de vino barato y drogas desconocidas. La modernidad había llegado: los poetas se transformaban en periodistas. Algunos (Larra, Espronceda) entendían el periodismo como un medio lícito, espontáneo y limpio de propagar las ideas. Bécquer, en cambio, se sintió toda

la vida un esclavo del nuevo dictador, del moderno mecenas. Siempre se vio obligado a practicar el periodismo: para comer, para escupir alguna poesía, para dar cuerda a un corazón que se había apagado a una edad demasiado temprana. Colaboró en *El Nene*, en *El Mundo*, en *La España Artística y Literaria*, en *La Época*, en *El Museo Universal*, en *Gil Blas*, en *El Contemporáneo*, en *La Iberia*, en *La América*. Pasó de cobrar veinte duros al mes por traducir artículos de periódicos franceses y redactar críticas literarias y de obras teatrales en *El Porvenir* a ser director de *La Ilustración de Madrid*. Escribió para un “periódico de Literatura, Educación, Música, Teatro y Modas”, especialmente pensado para mujeres, el *Album de Señoritas y Correo de la Moda*. Impulsó el nacimiento de un periódico beligerante desde su mismo título (*Doña Manuela*), que designaba claramente a la mujer de O'Donnell; un periódico que, tras un artículo brillante en el primer número, (atribuido a Bécquer) fue perseguido por la justicia y silenciado definitivamente (un Bécquer comedido, temeroso de las posibles represalias de su pluma ácida, no tardaría en hacerse escuchar, saliendo a la palestra para desmentir cualquier vinculación al crítico proyecto). A pesar de todo, nuestro nebuloso poeta continuará trabajando clandestinamente en esa línea crítica y ácida desde las páginas de *Gil Blas*. Quedaba ya lejos su vinculación ciega al partido conservador. Su protector y amigo, González Bravo, ya no estaba. Había huido (al igual que sus viejas ilusiones). Y a pesar de que todos sus amigos sostuvieron que las razones principales por las que Bécquer se sumergió en las aguas del conservadurismo fueron de tipo egoísta y artístico (gratitud a su protector y deseo de permanecer en el partido más identificado con el mundo mítico y medievalizante de catedrales, reyes y nobles), lo cierto es que Bécquer

ha sido recordado esencialmente por su militancia activa y descarada en el periódico *El Contemporáneo*, principal órgano de expresión del partido conservador. Aunque el conservadurismo de Bécquer siempre fue generoso y liberal, no mojó su pluma en tinta transparente para defender a capa y espada al partido que le daba de comer, combatiendo fuertemente al gobierno de la Unión Liberal y colaborando activamente en la ascensión al gobierno de sus amigos. Cuando los conservadores llegaron arriba, los redactores de *El Contemporáneo* exigieron sus laureles. Ansiosos de poder y dinero, fueron colocándose todos en altos cargos. A Bécquer le tocó el codiciado y repugnante empleo de censor de novelas. Doce mil reales anuales iban a tener la culpa de que el bohemio soñador se transformase en un burgués acomodado. Sin embargo, algo turbio se escurrió de los ojos del poeta desde el principio. Los neocatólicos (tan castos y puros ellos) no tragaron con el nuevo censor, con el bisoño salvador de conciencias de la patria. ¿Podían dejar la moral de la literatura de todo un país en manos de un hombre sucio, enamorado de los burdeles y de las tabernas?



No era, en realidad, la primera vez que los neocatólicos se cruzaban en la vida de Bécquer. El 22 de octubre de 1860, había estrenado la zarzuela *La cruz del valle* (con música de Antonio

Reparaz). Trece días después apareció una crítica muy dura en el diario progresista *La Iberia*, firmada por un tal Juan de la Rosa González, en la que acusaba directamente a Bécquer de, escondido tras el anonimato, convertir un drama francés en zarzuela. Sin embargo, fue la afirmación de que el neocatolicismo había invadido el teatro lo que encendió la pluma de Bécquer quien, ni corto ni perezoso, dejando a un lado las caretas y tremendamente indignado, contestase una semana después: “Yo no sé si por mi buena o por mi mala ventura me dediqué muy joven a las letras, pero sí que lo hice por necesidad. Comencé por donde comenzaron casi todos, por escribir alguna tragedia clásica y unas poesías líricas.... Ahora bien, yo no sé qué quiere decir neo-católico en literatura; pero si todo como el que yo lucha un año y otro por buscar la gloria en su terreno, y protesta como puede cuando se ve obligado a descender a otro, lo es, por mi parte acepto la calificación”. La polémica de *La Iberia* quedó zanjada con el ácido artículo de Bécquer aunque ya antes había salido en su defensa el hijo de Larra desde la tribuna de *La América*: “Escribamos zarzuela y lloremos y si entre los que las escriben hay algunos a quien el rubor les hace ocultar su nombre, no se les acuse como ha hecho *La Iberia* de que buscan el tanto por ciento con careta a lo neocatólico.... Por más que *La Iberia* se empeñe, no será nunca una mengua buscar la subsistencia por medios lícitos y decorosos....”.

Lo cierto es que toda esta polémica afectó mucho a Gustavo Bécquer quien, poco a poco, se daba cuenta de que sus sueños se desvanecían. La mujer que le amaba le había apartado de su vida, su literatura era una pesadilla bufonesca que sólo interesaba con cuentagotas a un puñado de lectores, compartía casa y lecho con alguien tan lejana como las estatuas de piedra de la India y la poesía

(la misma poesía que tenía sentido junto a su amada) era tan sólo ya un lavadero del alma, un pañuelo con olor a rosas y sabor a derrota. Esta actitud catastrofista se va a hacer poco a poco más evidente.



A Bécquer ya no le importa nada, ni siquiera su amada poesía. Desde que fue rechazado por Julia Espín vaga por las calles de Madrid como un espectro, como un rayo de luna con vino en sus venas. Cuando estrena la zarzuela *Clara de Rosemberg* (el 10 de julio de 1863) escribe a sus suegros y desnuda su pordiosera y derrotada alma. “Queridos padres, hemos recibido la última carta de ustedes, por la que vemos que se encuentran buenos, aunque usted un poco incomodado por sus habituales dolencias. Nosotros también estamos buenos, aunque a mí me suele incomodar bastante la cabeza algunos días. Se ha puesto en escena la *Clara de Rosemberg* con muy buen éxito. En la prensa no ha sido tan buena la acogida, pues mientras unos periódicos han dicho que está perfectamente escrita y se han deshecho en alabanzas del libro, a otros les ha parecido mal. A mí me importa un rábano tanto de los que alaban como de los que censuran. Lo que es menester es que vaya la gente, y hasta ahora no falta.”.

A Bécquer, en realidad, le importa un rábano todo, así que, ajeno a cualquier polémica, cuando recoge el fruto de su nombramiento como censor, acomoda sus reales en la zona noble de Madrid, otorga a su esposa resplandores

de joyas y polvos de estrella, y cura sus heridas en el Retiro. El cargo de censor de novelas (creado para que la propaganda revolucionaria perseguida en la prensa periódica no pudiera refugiarse en las páginas de los folletines) había encontrado en Bécquer al peor guardián posible, al censor de novelas más benévolo de la historia (“a cada línea protestaba de lo que censurando iba”, confiesa Correíta, “las novelas de los amigos ni las leía, e incluso les dejaba el despacho para que ellos mismos pusieran el sello de conformidad”). Así, mientras el poeta vivía en su particular limbo de castillos, princesas y catedrales, limitándose a coger con su mano derecha el dinero que la izquierda ya había gastado, dejaba el mismísimo despacho funcional a sus amigos para que ellos mismos pusiesen el jodido sello a las obras.



El cargo de censor se la suda a Bécquer. El periodismo se la suda. La política se la suda. La poesía, en fin, se la suda a nuestro poeta enamorado ya de un imposible. Fue censor poco estricto y periodista mudable y sin vocación. Intentó que no existiera ninguna relación entre el mundo de sus versos y

su labor en las oscuras redacciones de periódico. Fue una víctima de una batalla incruenta entre la libre imaginación y la necesidad de amaestrarla. Alguna vez llegó a decir que el pueblo había sido y sería siempre el gran poeta de todas las edades. Se fue alejando (sin proponérselo tal vez, pero sin duda asqueado) de sus posiciones más reaccionarias (aquellas que le asaltaron en el prólogo a la *Historia de los Templos*). La verdad es que en ninguno de sus artículos periodísticos (quizá con la excepción de sus patrioterías páginas acerca de la guerra contra Chile y Perú) existió nunca una virulencia reaccionaria como se ha querido hacer creer en los últimos décadas. Bécquer era un hombre contradictorio de un tiempo contradictorio, pero en el fondo era un hombre de su tiempo (sin más). Por fidelidad a González Bravo, su amigo y mecenas, cesó como director de *El Contemporáneo* cuando el periódico cambió de orientación política; por amistad, le acompañó en su destierro. Todo eso no impidió que derramase todos sus demonios en las famosas acuarelas de *Gil Blas*. Es fácil suponer que ya nada le importara a Bécquer. Con toda seguridad sabía mejor que nadie que todo había terminado. En realidad todo había terminado mucho tiempo atrás. Eso justifica sus desconcertantes vaivenes: monárquico por conveniencia, demócrata por experiencia, conservador por amistad y estética (en ocasiones socialista, ¿por qué no?: “hay en este mundo desigualdades que asustan”, *Cartas desde mi celda*). También dibujante de escenas pornográficas, censor despreocupado, poeta del dolor y del amor, redactor clandestino de pies de fotos. Por encima de todo, paradójico, extravagante y ridículo, afiebrado, soñador y vehemente. Todo en el baúl de su vida se escora decididamente a la contradicción. Alguno de sus amigos y

biógrafos no contribuyen, precisamente, al esclarecimiento del caos íntimo del poeta. En las famosas memorias de Julio Nombela (documento clave y esclarecedor pero también confuso y no pocas veces falaz) aparece la peculiar y atormentada figura de Juan de la Puerta Vizcaíno (amigo y colaborador de Bécquer durante una época), ejemplo característico del confusionismo que se ha creado alrededor de la figura de Gustavo Bécquer. Vizcaíno había nacido en Valencia de Don Juan. Fue redactor de *El Fisgón* y publicó cinco obras teatrales, siete novelas por entregas y un libro de poesías. Sus enemigos (que fueron bastantes y entre ellos, en primera línea de batalla, Nombela) le acusaban de plagiar novelas de otros. El caso es que, durante una época, se asoció con Nombela, García Luna y Bécquer. En palabras del primero, les estafó y se burló de ellos, llevándose, además, una buena parte del dinero arriesgado en la empresa por el padre de Nombela. El bueno de Vizcaíno queda como un hijoputa estafador. Sin embargo, poco después, vuelve a aparecer en la vida de Bécquer como colaborador en la redacción de la monumental *Historia de los Templos de España*. Es fácil imaginar que la versión de los hechos por parte de Bécquer habría sido tagencialmente distinta de la expuesta por el ínclito Nombela. ¿O tal vez nuestro poeta comenzaba a dar muestras ya de una doble moral, de un espíritu contradictorio, tan turbio como revelador? No parece probable. Lo más sencillo es pensar que Bécquer siguió manteniendo la amistad de Vizcaíno. Su sobrina Julia confirmará las sospechas, aumentando de paso la incertidumbre en cuanto a la veracidad de ciertos pasajes de las *Impresiones y Recuerdos* de Nombela. Cuenta Julia Bécquer que Juan de la Puerta Vizcaíno les visitaba asiduamente, acompañado siempre de un hermoso perro de Terranova, que se pasaba las tardes contándoles

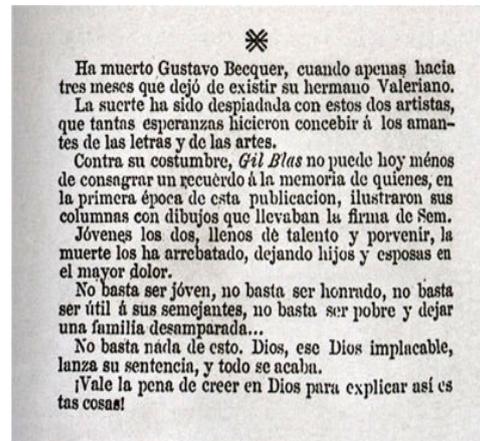
fascinantes historias de descubrimientos hechos por él mismo en sepulcros antiguos, que cuando se iba, desde el mismísimo portal de la casa de Bécquer, en la calle Atocha, mandaba subir al perro, que éste llamaba con ladridos en la puerta y empezaba a buscar los guantes de su amo hasta encontrarlos. Además, no es conveniente olvidar que en el libro de poemas editado por Vizcaíno, uno de ellos, titulado “El aire”, de innegable influencia becqueriana, está dedicado por el autor “a mi querido amigo Gustavo Adolfo Bécquer”.



¿Qué se puede deducir de todo esto? Que Bécquer nadaba en una pecera de colores llena de peces transparentes. Que la poesía siempre ha estado reñida con la política. Que el periodismo es una barca de cristal cuando la dirige un perdedor con el corazón roto. Que la zarzuela es música de ángeles si te asegura el cocido de cada día. Que la amistad no es eterna porque el amor es demasiado frágil. Que la verdad es esencialmente mentirosa, que es manipulable, que cada alma porta una llave distinta. Que los cerrajeros del corazón son unos desvergonzados canallas. Que los enemigos de un

muerto son todos y ninguno. Que los ángeles suelen vivir en el infierno. Que los prostíbulos están demasiado cerca de los palacios. Que las conspiraciones y los levantamientos en el ruedo político nacen siempre en alcobas y confesionarios. Que Bécquer fue un esquizofrénico que odiaba a sus lectores porque un día comenzó a odiarse a sí mismo. Que supo nadar entre las grandilocuentes cursilerías de Núñez de Arce, Campoamor y Zorrilla y no ahogarse. Que Bécquer hubiera sido más feliz, en realidad, ahogándose en el Guadalquivir a los diez años. Al menos no le habrían abierto la cabeza en las barricadas de 1854, no habría conocido la sífilis en los brazos de un arpa abandonada, no habría sentido en su piel el inaguantable dolor de un corazón roto, no habría tenido que asistir al demencial teatro de ser destripado por los siglos de los siglos, no habría hecho el ridículo en los salones de la alta sociedad, no habría soportado la iniquidad de ser pisoteado por la mujer amada, no habría tenido que permanecer en el lecho de muerte de Narvaéz mientras lo satirizaba en sus depravadas acuarelas, no habría tenido que escuchar a su amigo Eusebio Blasco criticándole por su evidente dicotomía entre sus alianzas políticas y sus afinidades sentimentales, no habría tenido que acompañar en el destierro a su mecenas González Bravo mientras lo ridiculizaba cruelmente, no habría pasado a la historia como un jodido retrógado a la vez que acababa convirtiéndose en un feroz adalid de la libertad de prensa, su *potpourri de pensamientos extraños* habría sido más alabado y conocido, habría podido gritar sin miedo que “la máscara de carnaval permite decir verdades”, etcétera, etcétera, etcétera, “... y es lástima, porque un día, un solo día de máscaras para la prensa, y el Gobierno oíría muchas verdades que acaso le fuesen útiles, y el país muchas

cosas que sin duda le servirían de una gran lección”.



En aquella cárcel de la política y del corazón se desangró el poeta del amor y del dolor. No resulta una fanfarronada el imaginar que soñase con huir de una vez por todas (a imagen y semejanza de su admirado Byron) mientras leía por las esquinas y quioscos anunciadores los grandes carteles en los que Garibaldi admitía voluntarios desde los veinte a los cuarenta años para engrosar las fuerzas que capitaneaba en Italia. Es lícito pensar que luchó en Italia y murió como un héroe; él, que sólo fue un pobre borracho, abandonado y derrotado demasiado pronto. ¿O seguimos pensando que Bécquer fue un espíritu puro, incapaz de rebelión, un esposo ejemplar y un poeta de la pureza y el amor platónico?

